



Antología de relatos

Escapemos
del
Abismo

NELSON PÉREZ

Introducción

Siempre me he sentido fascinado por la capacidad del ser humano para construir y destruir. A lo largo de mi vida, he sido testigo de cómo la humanidad, en su interminable búsqueda de progreso, ha dejado heridas profundas en nuestro planeta y en nosotros mismos. Esta antología nace de una necesidad personal de explorar esas cicatrices, de entender las motivaciones y las consecuencias de nuestras decisiones colectivas.

Cada relato representa una reflexión sobre los miedos y las dudas que acechan a mi alma y a nuestra civilización. No pretendo condenar a nadie, sino dejar plasmada una advertencia. Que mis escritos sean un espejo que refleja las posibles consecuencias de nuestros actos. Al escribir estos cuentos, quise adentrarme en los escenarios más extremos y desesperanzadores para invitar al lector a cuestionarse hacia dónde nos dirigimos.

Escribo con mi corazón cargado de inquietud y preocupación por el futuro que estamos construyendo. Pero también lo hago con una profunda curiosidad por la resiliencia humana, por esa chispa que, a pesar de todo, nos impulsa a seguir adelante. Espero que al leer estas mis historias, puedan encontrar no solo una advertencia, sino también una llamada a la reflexión y, tal vez, una oportunidad para cambiar el rumbo de nuestro planeta y nuestra sociedad.

Con cariño, el autor

Sueño de un mañana no muy lejano

Es el día veintiséis de noviembre del año dos mil cincuenta, el mundo se encuentra sumido en una crisis sin precedentes. Las naciones que una vez fueron poderosas ahora luchan por sobrevivir en un entorno marcado por la escasez de los recursos naturales.

El agua se ha convertido en el bien máspreciado y disputado por todos, y su valor ha superado incluso al del oro, el petróleo y el Bitcoin. Pero aún hay una pequeña esperanza para nosotros, el liderazgo de Nayib Bukele, lo ha llevado a firmar un acuerdo con algunas naciones.

¿Es este el comienzo de un cambio global?

La Coalición del Agua, como nos hacemos llamar, somos una alianza inédita de líderes que hemos decidido unir fuerzas para gestionar y para proteger las fuentes de agua restantes en el planeta.

Gracias a su visión y su pragmatismo, el “Presi” ha sido elegido para liderar esta organización debido a su capacidad para unir a los pueblos bajo una causa común. Puedo asegurar que nuestro mandatario está comprometido con su misión, y esta no es solo asegurar el acceso al agua, sino también la de fomentar la esperanza y la unidad en nuestro mundo.

Me dirijo a ustedes desde la sede que se encuentra ubicada en San Salvador. Este lugar simboliza para nosotros, tanto el pasado como el futuro de nuestra lucha por la supervivencia.

Desde aquí, el presidente junto a sus socios coordina los esfuerzos que estamos llevando a cabo con los proyectos de purificación y reciclaje del agua, además,

negocia acuerdos de paz entre el resto de las naciones que se han enemistado por la desesperación que impera en nuestro diario vivir.

Actualmente nos enfrentamos a la mayor amenaza para nuestro objetivo, se trata de un conglomerado de corporaciones que se han hecho con el control de las reservas más grandes del agua que aún existen, y las venden a precios exorbitantes. Su avaricia y falta de escrúpulos han exacerbado la crisis, provocando conflictos armados. Sabemos que enfrentarnos a ellos no solo es una cuestión de justicia, sino de supervivencia.

—Este día, nos enfrentamos a un enemigo común, no solo aquellos que buscan beneficiarse de nuestra necesidad, sino ante nuestra propia incapacidad para ver más allá de nuestras diferencias. El agua es vida, y su protección es un deber de todos. Juntos, podemos construir un futuro donde cada ser humano tenga acceso a este recurso vital. Por favor no permitamos que el miedo y la codicia nos dividan. La unidad es nuestra mayor fortaleza. —Notificado del presidente Nayib Bukele, el diecinueve de diciembre del dos mil cincuenta y uno durante el parlamento internacional de las Naciones Unidas en Coalición para la defensa de nuestros recursos naturales.

Las palabras de nuestro líder no han caído en saco roto. Sino que ha inspirado a los asistentes a la reunión para intensificar los esfuerzos, algunos han compartido tecnología de punta capaz de optimizar el uso del agua. Otros han desarrollado nuevas técnicas de desalinización y se han implementado proyectos de reforestación para revitalizar los ciclos hidrológicos naturales.

Sin embargo, la lucha está lejos de terminar.

Ellos nos ven como una amenaza para su monopolio, y han intensificado sus tácticas de intimidación contra nosotros.

El día veintitrés de marzo del año dos mil cincuenta y tres, nuestro líder toma una decisión que puede costarle la vida. Piensa asistir al territorio controlado por ellos, con la esperanza de negociar una tregua y un acuerdo de distribución más equitativo de los recursos.

Es así, como el veintiséis de abril del mismo año, comienzan las negociaciones, y a pesar que en un inicio se han vuelto tensas por la desconfianza y la hostilidad por ambas partes. Su determinación y su disposición para encontrar soluciones sólidas ha empezado a surtir efecto. Ha propuesto un plan donde HydroCorp como se hacen llamar, mantendrá una parte de sus beneficios a cambio de colaborar en la distribución equitativa del agua y en los proyectos de sostenibilidad a largo plazo.

El treinta y uno de agosto y tras meses de intensas discusiones se ha llegado a un acuerdo. Aunque es imperfecto, representa un paso significativo hacia un futuro más justo y sostenible. Los medios de comunicación han extendido la voz en todo el mundo, revitalizando la esperanza de miles de millones de personas.

—Gracias a la unidad y la esperanza de todos, comenzamos hoy un camino largo hacia un mañana mejor. La batalla por nuestro recurso máspreciado no ha sido fácil y no lo será, pero gracias a este acuerdo, tenemos la oportunidad para redescubrir el poder de la solidaridad y la cooperación entre todos—. Discurso de Nayib Bukele, el diecisiete de septiembre, al momento de recibir el impacto de una bala que acabó con su vida y nos reveló que nuestra codicia siempre será más grande que cualquier gesto de solidaridad.

La Última Oportunidad

El mundo se desmorona, y las ciudades se encuentran en escombros bajo un cielo de un gris perpetuo. Los ríos se han vuelto tóxicos, y las tierras se marchitan a pasos gigantescos. Las naciones que alguna vez fueron poderosas y orgullosas, se han reducido a nada. Es el fin de la era del hombre.

Sin embargo, en medio de esta desolación, un pequeño grupo de líderes se ha reunido en un búnker escondido bajo lo que queda de la otrora majestuosa ciudad de Nueva York. Son los últimos dirigentes de los países que aún conservan algo de su antiguo poder. Tienen los rostros marcados por las cicatrices del apocalipsis que ellos mismos han provocado, pero también una extraña determinación.

—No podemos seguir así. Si seguimos enfrentándonos, no quedará nada que podamos salvar —dice el presidente Xiang, de la devastada China, con voz firme, aunque sus ojos revelan el agotamiento de los años tras la guerra y la destrucción.

—Hemos destruido al planeta con nuestra arrogancia y nuestras diferencias. Pero aún podemos salvar lo que queda. No para nosotros, sino para aquellos que vendrán después —añade, El Primer Ministro Keller, de lo que queda de Europa. Sus manos tiemblan por la edad y el estrés, mientras aprieta una taza de café frío. Ha perdido a su familia, a su pueblo, y a su nación; lo único que le queda es una frágil y casi extinguida esperanza.

La discusión se vuelve larga y tensa, ya que hay tantas heridas sin sanar debido a las innumerables traiciones, que las palabras de sus contrapartes son como cuchillos. Pero, a medida que las horas pasan, una chispa de comprensión

comienza a emerger en medio de la desconfianza, ya que una vez fueron enemigos acérrimos pero ahora comparten el mismo destino.

—No podemos revertir el pasado, pero podemos construir un futuro juntos —La voz de Nayib, el líder de lo que queda de América Centro y Sur, refleja una genuina preocupación por la situación actual.

Así es como nace un nuevo pacto en el que se prometen unir a lo que queda de las naciones en una lucha por la supervivencia y la paz. Conscientes de que no se trata de olvidar lo sucedido, sino de trascender y ser capaces de levantarse de las cenizas. Pero a la vez son sabedores de que no será una tarea fácil, pues hay mucho dolor y resentimiento hacia ellos por el daño que han causado, a pesar de que no son los únicos culpables, pues como sociedad, la humanidad siempre les permitió manipularlos.

Salen del búnker al amanecer, el primero que se ve en meses. El cielo todavía está ennegrecido, pero sus ojos logran apreciar un pequeño rayo de luz.

—¿Será una señal? ¿Acaso nuestra Tierra nos ofrece una última oportunidad?.

Y ellos, frágiles y destrozados, la aceptarán.

La voz de una civilización suicida

El mundo está en ruinas, y con él, la humanidad agoniza en su error más grande.

El cielo se encuentra cubierto de nubes negras y el aire es denso. Huele a muerte y a descomposición.

Son ellos, los testigos mudos de lo que los hombres y mujeres han desatado sobre sí mismos. Los gritos de estas almas perdidas resuenan en las calles vacías, pero no hay nadie que las escuche, pues ellos mismos están al borde de la extinción.

Lo que una vez fue defendido como un derecho, se ha convertido en el verdugo silencioso de la especie. Durante décadas, las voces que advertían sobre su peligro, fueron ignoradas, y silenciadas por el clamor de aquellos que ven en él una solución a los problemas para el mundo.

— ¡Somos libres de elegir! —. gritaban en las calles, levantando pancartas, promoviendo ideologías impuestas por gente sin escrúpulos. Se creyeron ser el pináculo del progreso, y levantaron su bandera, la que según ellos representaba una humanidad avanzada.

Pero la realidad los golpeó de la manera más brutal. Las tasas de natalidad cayeron en picado, generación tras generación. Los nacimientos fueron disminuyendo hasta que los hospitales de maternidad se encontraron vacíos, y el sonido del llanto de un bebé se convirtió en un recuerdo lejano, casi mítico.

Quienes defendieron con fervor lo que llamaron derecho, ahora se desmoronan convirtiéndose en las primeras víctimas de su propia miopía.

Pero ya es tarde. Las calles que una vez estuvieron llenas de marchas ideológicas y movimientos entre comillas progresistas, están desiertas, los edificios se derrumban bajo el peso del tiempo a causa del feminismo, abandonadas sus reparaciones porque ya no hay quien lo haga.

Las tecnologías que una vez impulsaron el avance de nuestra civilización están ahora en ruinas, inútiles sin manos jóvenes que las manejen. El planeta se recupera a paso lento de los estragos que la humanidad le causó, pero nosotros, los que una vez lo dominamos pronto no estaremos para presenciarlo.

Quienes en su momento defendieron con pasión lo que creyeron en la libertad de elección, se reúnen en secreto, tienen demacrados los rostros por la culpa y por el arrepentimiento del daño que le causaron al mundo. Y aunque en sus corazones crean que hay una pequeña esperanza, la realidad es otra.

—Nos equivocamos. Pensamos que éramos libres, pero nos condenamos a nosotros mismos. —Resuenan sus lamentos. Nadie les responde.

Es una verdad ineludible. Estamos sacrificando nuestro futuro en el altar de la conveniencia, y pronto, nos enfrentaremos al precio de esa elección. Pues hoy en día silencian las voces de aquellos que nos alzamos en contra de esta locura suicida. Y no van a darse cuenta que están equivocados.

Es tarde, lo sé. El tiempo se nos acaba. Día a día nos convertimos en nuestro propio verdugo. Y si allá en nuestros últimos minutos, las generaciones que nos precederán, se den cuenta de este error fatal, ya no quedará nada por hacer para salvarnos. Así, el mundo seguirá girando en silencio, mientras nuestro legado se desvanece en el olvido.

El Polvo de la Muerte

En un futuro no muy lejano, el planeta dejará de ser un hogar acogedor. Los campos se convertirán en largas extensiones marchitas de tierra yerma, contaminadas por un veneno insidioso que se filtra a diario en cada rincón del planeta. Esta peste nace del desmedido uso de fertilizantes y de pesticidas que ha sido promovido durante décadas como la solución definitiva para alimentar a una población en constante crecimiento. Pero el costo de esta supuesta medida irá minando de manera lenta hasta convertirse en una dolorosa destrucción de todo lo que la humanidad necesita para sobrevivir.

Al principio, nadie querrá ver el desastre que se avecina. Pues los anuncios publicitarios mostrarán imágenes de campos dorados llenos de trigo, y de granjas prósperas, mientras los científicos y los ecologistas serán ignorados o ridiculizados por los poderosos conglomerados agroindustriales. Estos hombres, que controlan la producción de los alimentos a nivel mundial, y se aferran a su narrativa de progreso y modernidad, mientras se llenan los bolsillos, apoyados por los gobiernos corruptos a quienes no les importa en lo más mínimo, la sociedad.

Los primeros en sufrir serán los mismos agricultores, quienes, tras años de usar estos productos químicos, verán cómo sus tierras se agotan, las cosechas se reducen y lo que logran recoger estará contaminado. Pero será tarde para revertir los daños pues se habrán transformado en dependientes de los venenos que les han prometido productividad infinita.

Con el tiempo, las consecuencias serán evidentes. El agua subterránea, una vez pura y refrescante, se transformará en un líquido viscoso, amargo y tóxico. Los ríos

y lagos, otrora llenos de vida, serán fosas mortales donde los peces morirán y los animales terrestres, que beben de estas aguas, desaparecerán. Acabando con las fuentes que abastecen a las ciudades.

Las enfermedades serán como incendios en un bosque seco. Las tasas de cáncer, enfermedades respiratorias y problemas neurológicos aumentarán exponencialmente. Habrá hospitales llenos de personas luchando por respirar, con cuerpos cubiertos de llagas y con sus mentes confusas por el veneno que para entonces fluirá en sus venas. La humanidad llegará al borde de la extinción.

Mientras tanto, aquellos que promueven el uso de estos químicos, se habrán refugiado en sus fortificaciones de lujo, protegidos por tecnologías avanzadas que les permitirán respirar aire filtrado y beber agua purificada. Ellos, los responsables de este desastre, verán desde sus torres de marfil cómo el resto del mundo se desmorona. Pero las corrientes de viento llevarán el polvo tóxico hacia sus enclaves, y el veneno entrará en sus cuerpos.

Llegará el momento en que la humanidad estará más dividida y se preguntarán ¿cómo permitimos que la codicia y la ignorancia nos lleven a un abismo tan profundo? Pero la respuesta ya no importará, pues el daño estará hecho.

Surgirán grupos de personas que están cansadas de vivir en la desesperación, y harán esfuerzos para revertir lo irreversible.

Tratarán de desarrollar métodos para descontaminar la tierra y el agua a través del uso del conocimiento y la tecnología. Pensarán en cultivar alimentos sin químicos, y purificar el aire con plantas y árboles con sistema de reforestación, y a construir biociudades.

Apostarán por las generaciones futuras. Creyendo resurgir de las cenizas, mantendrán su esperanza, pero el polvo de la muerte habrá cubierto la totalidad del planeta y su despertar será tardío.

El Último Error

El aire en la Tierra se ha vuelto irrespirable desde hace décadas. Los campos llenos de vida, se convierten en vastos desiertos grises, envenenados por los mismos productos químicos que alguna vez prometieron alimentar al mundo. Los océanos son grandes pantanos llenos de viscosidad y muerte que hierven con toxinas que las plantas de procesamiento no pueden filtrar. Mientras que en nuestra insaciable hambre por el progreso, sellamos nuestro destino con un error irreversible.

Los primeros en caer son los más vulnerables: los niños, los ancianos, aquellos cuyas vidas penden de un hilo. Luego, una por una, las naciones más poderosas se desmoronan, no por las guerras, sino por su propia ceguera. Las fábricas que producen fertilizantes y pesticidas, cuyos efectos colaterales han sido ignorados durante tanto tiempo, se convierten en las ruinas tóxicas que hoy contaminan el paisaje.

En la vastedad del espacio, una nave solitaria vaga, llevando consigo a los últimos vestigios de la humanidad. La Ark One, como fue nombrada, alberga a mil sobrevivientes, aquellos que han logrado escapar del apocalipsis químico que nosotros mismos hemos desatado. En su interior, el silencio es abrumador, roto solo por el zumbido constante de los sistemas de soporte vital y el ocasional murmullo de una conversación.

En una de las cabinas de observación, Elise Santos observa las estrellas con los ojos llenos de cansancio. Ha liderado la misión desde su concepción, pero sabe que, aunque hemos escapado de la Tierra, no ha garantizado la supervivencia de la

humanidad. La nave está en una misión desesperada: encontrar un nuevo planeta habitable antes de que los recursos que llevamos a bordo se agoten.

— ¡Nunca debimos permitir que llegara tan lejos! —. Rompe el silencio que la rodea.

—La codicia nos cegó. Creímos que podíamos dominar a la naturaleza, que podíamos doblegarla a nuestra voluntad. Pero nos equivocamos. No fuimos nosotros quienes la dominamos, sino ella la que finalmente nos venció —respondí a su lado, el Doctor Miguel Herrera, un biólogo especializado en terraformación. Dirijo la mirada al espacio exterior.

Elise cierra los ojos y recuerda los informes que leyó en los últimos años antes del despegue: La mortandad se había extendido tanto que en los campos se podían ver los cuerpos hinchados de niños, envenenados por los residuos químicos. Miles y miles de especies habían desaparecido a un ritmo imparable. Todo era un recordatorio constante de su fracaso, de su incapacidad para proteger al planeta que había jurado defender.

—Ahora solo podemos esperar encontrar un nuevo hogar. Pero, ¿qué garantía tenemos de que no repetiremos los mismos errores?

No respondí de inmediato. Mis pensamientos estaban perdidos en la inmensidad.

—No la tenemos. La naturaleza humana es frágil y propensa a tropezar con las mismas piedras. Pero tenemos una responsabilidad con aquellos que vengan después de nosotros, si es que existe un después.

En ese momento, la nave se estremece, una señal de que nos acercamos a un destino que no conocemos aún, pero que intuimos. Elise me mira, y le devuelvo la mirada, sabemos que estamos a punto de enfrentarnos a lo desconocido.

En la sala de control, las pantallas muestran un planeta distante, pequeño y solitario, pero que emite la promesa de vida. Los sensores han detectado atmósfera y agua, elementos fundamentales para la terraformación. La tripulación, agotada y al borde de la desesperación, mira las imágenes con una mezcla de esperanza y temor.

—Es nuestra última oportunidad ¡Que todos se preparen para la aproximación!
—expresa Elise a través del intercomunicador.

Dirijo y hago descender la nave hacia el planeta. El silencio se convierte en una pesada carga. Todos sabemos lo que está en juego; este mundo puede ser nuestra salvación o tumba. Pero a medida que nos acercamos a la superficie, comenzamos a notar algo extraño. La atmósfera, aunque puede ser respirable, tiene un color amarillento y una extraña iridiscencia. Los escáneres de la nave comienzan a emitir altos niveles de compuestos químicos, similares a los que destruyeron la vida en nuestro planeta, haciéndome reflexionar sobre lo que tanto negué, la vida en el espacio exterior.

—¡No! ¡No puede ser! Es un planeta envenenado — grité aterrado.

Elise me miró, creo que a ella también el corazón estaba a punto de salirle del pecho.

La tripulación se llenó de temor, escapar de la muerte para encontrarnos con ella, una vez más.

—No tenemos elección, nuestra fuente de energía se agota. Aterriza la nave —Me ordenó Elise mientras trataba de contener las lágrimas.

Después del aterrizaje fuimos los primeros en bajar, caminamos juntos en una especie de exploración: el lugar era un desierto estéril bajo un cielo que alguna vez podría haber sido azul.

— ¿Recuerdas los avistamientos?

—¿Qué quieres decirme con eso? —preguntó Elise extrañada por el tema.

—Creo que nunca se trató de una invasión alienígena, solo querían advertirnos de esto. —Señalé el cráneo de una figura muy similar a nosotros.

El Precio de la Ambición

Los edificios se alzan como gigantes de concreto, la vida se mueve a un ritmo desenfrenado. Las fábricas rugen y sus chimeneas vomitan humo gris sobre un cielo ya ennegrecido por la contaminación. En sus entrañas, miles de trabajadores se deslizan como sombras, con las manos curtidas y sus cuerpos doblados por el peso del trabajo incesante.

Las calles están abarrotadas de personas que se mueven sin descanso, atrapadas en la maquinaria implacable del progreso. Convertidos en engranajes en un sistema que gira al compás de un solo propósito: la rentabilidad.

Las grandes empresas, ávidas de ganancias, han decidido que el costo de las prestaciones sociales son un lujo que no pueden permitirse. Los contratos fijos se han vuelto una rareza, y los beneficios laborales son un recuerdo lejano.

La ciudad, es el corazón de un país próspero, ahora es un testimonio vivo de la decadencia. La falta de prestaciones ha convertido a los trabajadores en simples seres desechables, piezas reemplazables de una máquina que devoraba su energía y su vida. Con cada empleo temporal, con cada tarea sin seguridad, la sociedad misma comienza a desgarrarse.

María, es una madre soltera de tres hijos, y uno de esos engranajes. Cada día se levanta antes del amanecer, deja a sus hijos con una vecina y corre al trabajo en una fábrica textil. Su salario, ajustado al mínimo legal, apenas le alcanza para sobrevivir. Sin seguro médico, las enfermedades son un lujo que no puede permitirse, y el futuro de sus hijos, es una preocupación constante que se vuelve más sombría con cada día que pasa.

Las fábricas, los almacenes, los call centers; todos son ecos de un sistema que ha olvidado a aquellos que lo sostienen. Los empresarios, enfundados en sus trajes caros y rodeados de lujos, hablan de eficiencia y competitividad, mientras la realidad de la calle es una lucha diaria por la supervivencia.

El impacto en la economía del país es sutil pero devastador. La productividad, dicen los expertos, ha aumentado. Los costos de operación se han reducido, y las empresas reportan ganancias récord. Sin embargo, las ciudades están llenas de familias que apenas pueden cubrir sus necesidades básicas. El consumo interno se desploma, arrastrando con él a pequeños negocios que no pueden competir con los precios bajos y las políticas agresivas de las grandes corporaciones.

Las estadísticas muestran un crecimiento económico, pero la realidad es una historia diferente. La desigualdad se ha disparado, y la clase media se desvanece lentamente, absorbida por una pobreza cada vez más extendida. La falta de prestaciones no solo afecta a los trabajadores, sino que erosiona la base misma de la economía. Sin seguridad laboral, sin acceso a la salud, sin una red de protección social, la sociedad se está desintegrando.

Los sindicatos, antaño poderosos, ahora son solo sombras de lo que fueron. Sus voces, que alguna vez resonaron con fuerza, ahora se pierden en el ruido de una maquinaria imparable. Las huelgas, las protestas, son reprimidas con una eficacia que roza la brutalidad. Los medios de comunicación, controlados por las mismas corporaciones que explotan a sus trabajadores, narran una historia de éxito y prosperidad, mientras en las calles la desesperación se palpa en cada esquina.

Una tarde, tras una jornada agotadora, María se detiene frente a una vidriera. Los maniqués exhiben ropas que nunca podría permitirse, y por un momento, el reflejo de su rostro cansado en el cristal la hace recordar quién solía ser. Un deseo arde en su interior, un anhelo por algo mejor, por una vida que no esté marcada por el miedo y la necesidad constante.

Esa noche, en las pequeñas habitaciones de sus casas, miles como María sueñan con un futuro diferente. No es una revolución lo que desean, sino justicia. Quieren un país donde trabajar no signifique sacrificar la salud y el bienestar, donde el esfuerzo sea recompensado, y no despreciado. Quieren que la economía refleje el valor del ser humano, y no solo los fríos números de las ganancias corporativas.

Saben que el camino será largo y difícil, pero en ellos una chispa de esperanza comienza a encenderse. Porque cuando una sociedad se da cuenta de que ha sido convertida en una mercancía, es solo cuestión de tiempo antes de que las voces se levanten, y el eco de la ambición desenfrenada se convierta en un grito por la dignidad y el cambio.

—No podemos seguir pagando con nuestras vidas, el precio de la ambición de otros —grita María mientras acaricia la cabeza de su hija ante los ojos de todos los que la rodean.

Porque, en el fondo, la economía de un país no es más que un reflejo de su gente, y cuando esa gente decide que es suficiente, el verdadero cambio comienza.